

DISCURSO DEL PROF. DR. ALFONSO NIETO, RECTOR
MAGNIFICO DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmos. y Revdmos. Sres.
Colegas de Claustro Académico.
Alumnos.
Señoras y señores:

Las primeras manifestaciones que la Universidad de Navarra desea haceros llegar, a cuantos participáis en este V Simposio Internacional organizado por la Facultad de Teología, son el saludo de amigos y la más cordial bienvenida. A la salutación inicial deseo unir el reconocimiento al Excmo. y Revdmo. Sr. D. Gabino Díaz Merchán, Arzobispo de Oviedo y Presidente de la Conferencia Episcopal de España, por su gentileza al aceptar la invitación a dictar la lección de apertura. Vaya también la gratitud al Excmo. y Revdmo. Sr. D. José María Cirarda Lachiondo, Arzobispo de Pamplona, cuya entrañable presencia y docta palabra luce en no pocas actividades de esta Facultad.

El acto académico que ahora nos reúne, es muestra del multiseular hermanamiento de Teología y Universidad para acercar la inteligencia humana al conocimiento de la Suprema Sabiduría. Quiénes por profesión nos dedicamos a otras áreas de la investigación universitaria, sentimos profundo respeto y admiración cuando, por razón de oficio académico, debemos participar en actos de las Facultades de Derecho Canónico y de Teología. No os puedo ocultar que la mente se rinde ante vuestra tarea intelectual de formular interrogaciones y buscar respuestas que permitan, a la inteligencia finita, atisbar las infinitas luces de la Sabiduría divina. Ponderar desde la fe, y en el marco del Magisterio de la Iglesia, las riquezas de los miste-

rios divinos, es tarea que os demanda la humanidad para poder caminar por rumbos ciertos. El progreso de la Ciencia no sería tal si estuviera ausente la primera y última explicación del existir humano. Por esta razón, la Universidad de Navarra —siguiendo la huella profunda y clara abierta por su Fundador, el Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer— goza al contemplar el crecimiento de sus Facultades e Institutos de estudios eclesiásticos, y la proyección que sus enseñanzas alcanzan en las demás Facultades y Escuelas Técnicas Superiores del *Alma Mater*. Aunque el fin del trabajo universitario no es conseguir la pública alabanza, la justicia pide que alguna vez —y hoy es buena ocasión— se rinda gratitud a los claustrales de las Facultades de Teología y de Derecho Canónico por sus positivas aportaciones —reconocidas internacionalmente—, a la necesaria configuración integradora de los saberes científicos, punto de partida indispensable para poder alcanzar la debida coherencia en la especialización a que obliga el desarrollo científico contemporáneo.

El trabajo sereno y silencioso de teólogos y canonistas tiene una inmediata trascendencia social que no siempre es objeto de reconocimiento. Con frecuencia se olvida la importancia del laborar de la inteligencia humana que, desde el interior del hombre y precisamente para mejorar su existir en la tierra, tiende la mano al conocimiento de las realidades sobrenaturales. Es oportuno recordar que la capacidad de pensar constituye uno de los más sublimes dones de la semejanza divina, y que cualquier avance de la Ciencia a través de los tiempos es el eco de algo ya previsto en la eternidad. El hombre verdaderamente libre es consciente de que sólo descubre cuanto Dios le quiere dar. En este sentido se podría decir que todo el trabajo del investigador científico es constante demanda para desvelar pequeñas parcelas de la siempre inagotable Creación; equivale a formular preguntas y desentrañar problemas, en la humilde actitud que impide atribuirse el protagonismo absoluto ante el eventual hallazgo de respuestas acertadas.

En ese inefable diálogo entre la inteligencia creada y su Creador, Dios se adelanta al hombre y, desde la Humanidad de Cristo, le entrega su gracia a través de signos eficaces de valor infinito; respuestas que sólo puede entender quien es capaz de admirar la sublime donación de Amor que es la Redención. Son los Sacramentos regalos de gracias y, por ser gratuita esta entrega a los hombres, su investigación científica debe ir unida a la personal contemplación del misterio de la Redención. Uno de estos Sacramentos es el objeto de estudio en este V Simposio Internacional: el Sacramento de la

Penitencia, que es tanto como decir la justicia divina abierta al perdón. Haber elegido este tema, sobre el que también versará el próximo Sínodo de Obispos, acredita fina sensibilidad para prestar atento oído y secundar las apremiantes y reiteradas llamadas de Juan Pablo II. Como recordaréis, al proclamar el presente Año Jubilar de la Redención, el Papa dijo: «Es exigencia del mismo misterio de la Redención que el ministerio de la reconciliación, confiado por Dios a los pastores de la Iglesia, encuentre su natural realización en el Sacramento de la Penitencia. De ello son responsables los Obispos, que son en la Iglesia los administradores de la gracia derivada del sacerdocio de Cristo, participado a sus ministros, también como moderadores de la disciplina penitencial; de ello son responsables los sacerdotes, los cuales pueden unirse a la intención y a la caridad de Cristo, particularmente administrando el Sacramento de la Penitencia»¹.

El trabajo del hombre durante su andadura terrena está sembrado de opciones entre la verdad y el error. Decidir desde la libertad, es campo abierto a la ofensa o al mérito, al agravio o a la acción llena de virtud. El mayor error del hombre es escoger el pecado, que resquebraja la amistad con su Creador. Pero si el hombre es capaz de rehuir o rechazar la vista de Dios, Dios nunca deja de mirar al hombre, y su mirada es constante oferta de perdón. Por eso, perder el sentido del pecado es caminar en la oscuridad del alma, por la senda cerrada sobre sí misma que marca el egoísmo; senda de profunda tristeza y separada de Dios. El Sacramento de la Penitencia rompe la oscuridad y borra aquella separación. Como nos exhortaba el actual Gran Canciller de esta Universidad, Excmo. y Revdmo. Mons. Alvaro del Portillo y Diez de Sollano, «para que no exista nunca separación entre Dios y cada uno de nosotros, o para reparar cualquier herida causada por nuestra poquedad personal, acudamos con frecuencia al Sacramento de la Penitencia, que junto a la remisión de los pecados, nos trae el amor de Dios y, por Dios, el amor a los hombres»².

Las dos palabras que sirven de título a este Simposio Internacional —Penitencia y Reconciliación— no reflejan resignada conformidad, o pasiva melancolía por la ofensa cometida. El cristiano gusta de la visión esperanzada, de la actitud valiente, del afán por superar obstáculos. Esas dos palabras son manifestación del optimismo de quien

1. Bula de convocación del Jubileo para el 1950 aniversario de la Redención. Roma 6-I-1983.

2. Homilía en Santa María la Mayor (Roma), el 26-VI-1979.

vuelve al hogar, dispuesto a no abandonarlo más. Quizá en nuestro tiempo haga falta repetir, muchas veces, que cuando Dios perdona, nunca humilla al corazón humilde; que la penitencia es llamada de generosidad, y no angustia opresora; que la reconciliación tiene sabor de reencuentro festivo y gozoso; que —como señalaba la pasada semana el Papa Juan Pablo II a un Congreso de universitarios, en presencia de un buen grupo de estudiantes de esta Universidad— la penitencia «no es una voz de tristeza, sino de alegría»³.

En los numerosos textos sobre la confesión sacramental escritos por el Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, que constituyen un rico legado de espiritualidad a la Iglesia Universal, hay siempre un canto de esperanza y de ánimo. Puede servir de ejemplo aquel que dice: «En este Sacramento maravilloso, el Señor limpia tu alma y te inunda de alegría y de fuerza para no desmayar en tu pelea, y para retornar sin cansancio a Dios, aun cuando todo te parezca oscuro»⁴.

Si en una Universidad estamos, no resultará sobrado recordar que es propio de la mente universitaria el talante juvenil, el afán de servicio y la nobleza de ideales. Pienso que vuestro trabajo de estos días estará presidido por la juventud de alma, el deseo de ofrecer a los demás una contribución valiosa, y la lealtad al Magisterio de la Iglesia.

Y para concluir estas breves palabras de apertura, me honra haceros llegar el más cordial saludo de bienvenida del Gran Canciller de la Universidad, con sus mejores auspicios para la tarea que vais a realizar con ocasión de este V Simposio Internacional.

Muchas gracias.

3. Discurso a los participantes en el Congreso UNIV 83. Roma, 29-III-1983.

4. Amigos de Dios, n. 214.